

Amanda Labarca

## Homenaje a Mrs. Eleanor Roosevelt

(CON OCASIÓN DE SU VISITA A CHILE)



REPÚBLICA de mujer que se dedicaba enteramente a colaborar en la carrera política de su marido y a dirigir la formación y cuidado de su familia, era la que rodeaba a Mrs. Roosevelt al iniciarse el primer período presidencial del gran estadista.

Visité precisamente en aquellos momentos, los Estados Unidos y pude escuchar en trenes y hoteles, en universidades, en clubes, en tiendas y en hogares, los comentarios de quienes todavía no se recobraban del pavor en que los sumergió la gigantesca crisis económica de 1931. El *New Deal* era la esperanza de muchos y también la pesadilla, el objeto de miedo, burla y aún escarnio de sus tradicionales adversarios. Estados Unidos hervía de discusiones, críticas y vaticinios de todo orden que, naturalmente, envolvían a marido y esposa. Habían llegado ambos a imponerse en la mente de su pueblo —sin que ellos lo alardearan nunca y sólo por la virtud de sus obras diarias— como una pareja en que amor, solidaridad, ayuda mutua, comprensión y respeto recíproco convertían su unión en arquetipo ideal de matrimonio.

Recibían juntos el acíbar y la miel; sufrían iguales angustias; echaba cada cual sobre sus hombros la carga de responsabilidad que significa guiar hacia la historia los destinos de una nación.

Pasaron unos cuantos años y de nuevo llegué peregrina de otro Mayflower. El ambiente era distinto en cuanto a Mrs. Roosevelt se refería. Ella, sin salir del hogar presidencial, sin descuidar sus tareas familiares y el sinnúmero de compromisos de la Casa Blanca, había aceptado laborar en calidad de comentarista en diarios y radios. Aplausos de unos; escándalo de otros. De nuevo se desataban las discusiones. ¿Por qué trabajaba? ¿Cuándo se había visto que la esposa de un Presidente de la República aceptara otra labor que la de su casa, su familia y su sociedad? ¡Y que aceptara ponerse a sueldo de empresas privadas! Todos los que se daban cuenta de que el trabajo en la sociedad moderna es una forma de expresión, de desarrollo de la personalidad y de respeto por sí mismo, la aplaudían con todo fervor. Los que estaban ciertos de que emplearse sin remuneración es quitarles a otros la posibilidad de exigirla, se unían a esos aplausos. Pero la sociedad tradicional gruñía y los adversarios políticos aprovechaban cada uno de esos gruñidos para zaherir a ella o a su esposo.

Tal era lo que yo sabía de Mrs. Roosevelt, cuando en 1946 tuve el honor de representar a mi país en el gran hemiciclo de la Asamblea de las Naciones Unidas. Eramos sólo cinco las delegadas plenipotenciarias femeninas. Las más eminentes de ellas Mrs. Roosevelt y la Sra. Pandit, hermana de Nehru, el de la India. Porque eramos pocas, tuvimos oportunidades de conocernos y aquilatarnos muy de cerca. Mrs. Roosevelt y yo fuimos destacadas por nuestras respectivas delegaciones al "Comité de Asuntos Sociales, Culturales y Humanitarios". Día a día en ese final de año de 1946, compulsamos documentos, trabajamos, discutimos, asistimos a sesiones oficiales y privadas. Derechos del hombre, aspiraciones de las mujeres, necesidades de gentes y pueblos oprimidos se ventilaban en el Comité; cuestiones de alta política, escaramuzas de la guerra fría, pro-

mesas de paz, temores de estallidos bélicos trascendían de las sesiones plenarias de la Asamblea. Y en todas Mrs. Roosevelt se destacaba por la solidez de su juicio, la ponderación de su talento.

En 1948, regresé a la corporación mundial en calidad de jefa de una de las secciones de su secretariado: aquella de la Condición de la Mujer. En tal oficio hube de asistir por cerca de un año y medio, a toda sesión nacional o internacional que se relacionara con sus problemas.

Volví a hallar a Mrs. Roosevelt, esta vez presidiendo la Comisión de los Derechos del Hombre, de cuya declaración mundial ha sido la más eficaz propulsora. Tarea difícilísima en que además de diplomacia, tacto, don de gentes, se necesitaba ahondar en legislaciones múltiples, en filosofías, en conceptos de vida semejantes a los nuestros algunos, diferentes muchos y totalmente extraños unos pocos. Infatigable y ecuánime siempre. Trabajando con sus técnicos y asesores así fuera día de fiesta u hora de banquete, cambiando ideas con delegados de oriente y de occidente, de democracias burguesas y de democracias populares, tratando de conocer las opiniones y los prejuicios ajenos, para descubrir ese retazo de suelo común en que pudieran echarse los cimientos de una mejor fraternidad y de una verdadera solidaridad entre los pueblos.

No es tarea envidiable ni grata la de vivir en las trincheras de la guerra fría, que no son otra cosa, a veces, las bancas de las Asambleas, los Consejos y los Comités Mundiales. No es tarea simple ni sencilla la de representar al país sobre el cual convergen todos los ataques de la política que se forja detrás de la cortina de hierro. Hay una propaganda sistemática, audaz y sin escrúpulos para atacar al sistema del cual Estados Unidos es el representante mundial.

En esa guerra sin cuartel y sin reposo ha vivido desde 1945. Y solamente los que la han presenciado, los que han escuchado una vez, diez veces, mil veces los mismos ataques con igual fraseología y con idénticas consignas, pueden darse cuenta cabal de qué pa-

ciente y abnegada pertinacia, de qué cantidad de informaciones, de cuánta firmeza doctrinal se requiere para no descomedirse, para no flaquear, para no utilizar las mismas armas de quienes emplean todas...

Sus tareas la han llevado a los cinco continentes; sus actuaciones la han convertido en ciudadana del mundo. Y ha desempeñado tal tarea sin descuidar sus artículos de prensa, sin faltar ni un solo día a sus compromisos de comentarista radial, sin dejar de invitar cordialmente a su casa, sin descuidar sus deberes hacia la memoria preclara de su marido. La mujer más ocupada del mundo tiene tiempo para todo: para dar una palabra de aliento a la juventud, una sonrisa de simpatía cordial a sus amigos, una actitud acogedora de dueña de casa sencilla y afable a sus invitados de todas las razas y colores, para dar ejemplo de labor femenina fecunda, valiente y tesonera.

Ecuánime y firme en sus convicciones democráticas y de progreso social. Directa, franca siempre. Sin reticencias, sin halagos, sin hipocresías. Su llaneza, salpicada de humor, desconcierta y desarma a quienes llegan a ella con prejuicios de toda especie. No trata de deslumbrar; no pretende sabidurías ni falsas modestias. Es profundamente fiel a sí misma, a sus doctrinas, a su país al que sirve devotamente. La amplia dignidad del ser humano se ha desarrollado en ella junto al servicio de la justicia social, de las razas preteridas, de los pueblos rezagados. Por sus altas calidades morales, por la seriedad de su talento, por su infatigable laboriosidad, por todo cuanto ha dado pródigamente de ella misma, de su tiempo, de sus energías, de sus desvelos a la causa de la paz y el bienestar del mundo, ha llegado a ser una de las más eminentes, más conocidas y más respetadas mujeres de esta época angustiada, incierta, pero plena de esperanzas.

Las mujeres chilenas nos enorgullecemos y nos alegramos de que visite nuestra tierra.